

EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ A HISPANOAMERICA

Nacimiento, espíritu y propósitos
del Instituto de Investigaciones Médicas.

PROPOSITO DEL VIAJE

NO necesita del adjetivo ni del encarecimiento la figura del doctor Jiménez Díaz. En él tiene la nueva ciencia médica española uno de sus nombres de más prestigio. Joven y maestro ya, Jiménez Díaz ve en torno suyo ese coro de adhesión y de fervor, de pasión y de interés que sólo el mérito auténtico despierta. Ahora, el profesor insigne ha marchado a la Argentina y a otros países de Hispanoamérica. Su palabra es allí verbo de la nueva ciencia española, eco fecundo de la intensidad y la fe con que la Patria se rehace en estos duros días nuestros de la trasguerra.

Con él hemos hablado el día en que marchaba de Madrid para iniciar su viaje. Estaban desiertos los salones de su consulta, otras veces llenos de los que buscan angustiadamente el remedio al dolor. En el gran silencio, la palabra del profesor se hacía suave y lenta, confidencial casi.

—Marcho a la Argentina — decía —, como invitado extraordinario, a tomar parte en el Congreso de Medicina de La Plata. Se celebra este Congreso cada cinco años. Y a él acuden, como miembros de honor, personalidades médicas extranjeras.

—¿Solamente a la Argentina irá usted?



DON CARLOS JIMENEZ DIAZ

—Iré, seguramente, a otros países también. Porque he sido invitado a dar conferencias en Chile, Perú, Brasil...

—¿Sobre qué versarán esas conferencias tuyas?

—Sobre temas médicos, a los que he ido aportando mi experiencia y mi observación personales: asma, reumatismos, estados de desnutrición proteica, latirismo, distrofias musculares...

ESTUDIOS, OPPOSICIONES...

Tras las palabras sobre la labor futura, la mirada al ayer. Sobriamente evoca el profesor Jiménez Díaz los años de esfuerzo y de formación, las horas universitarias de sueño y de desvelo.

—Nací aquí, en Madrid, casi cuando acababa el siglo: en 1898. Cursé los estudios universitarios en nuestra Facultad de Medicina. Todas mis horas se las llevaba el estudio de la Patología médica en el enfermo, en los libros y revistas nacionales y extranjeras, en lo que hiperbólicamente llamábamos «laboratorio»: un trozo de aula, acotado con maderas, mal acondicionado y peor dotado...

Fué Jiménez Díaz un magnífico estudiante, constantemente galardonado con matrículas de honor y premios extraordinarios. Aquellos años estudiantiles eran ya clarín de los futuros triunfos que aguardaban al universitario.

—... Fuí interno, por oposición, en los hospitales de San Carlos y Provincial. Obtuve becas. Estuve en París, en Berlín, en Mannheim, en Viena. Atendí allí al perfeccionamiento de las técnicas de investigación en Fisiología, en Histopatología, en Farmacología y en Bioquímica.

—¿Cuándo hizo usted oposiciones a Cátedra?

—En 1922, a la de Patología Médica de la Universidad de Sevilla. Obtuve la Cátedra, y a los dos años, por oposición también, logré la de la misma asignatura en Madrid. Y

ahora, en 1943, he hecho las últimas oposiciones: profesor de número de la Beneficencia Provincial.

No necesitaba, naturalmente, de nuevas oposiciones el profesor Jiménez Díaz para su crédito. Si hizo éstas de ahora, fué sólo para aumentar sus servicios en beneficio de su labor docente. De esas oposiciones últimas sólo el primer ejercicio se celebró. Porque el Tribunal, tras de escuchar la relación escueta de los méritos y los trabajos del opositor, tras de oír la memoria que éste presentaba, entendió que era «inadecuado y aun impertinente continuar las oposiciones»...

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES MEDICAS: TRADICION ESPAÑOLA DE LA INICIATIVA PARTICULAR

Obra que tiene todo su amor es el Instituto de Investigaciones Médicas. Nació de la necesidad de que se favoreciera la investigación nacional (durante tanto tiempo subordinada al extranjero) y de que no se perdieran las inteligencias superdotadas.

—No hace aún mucho tiempo estábamos subordinados a la cultura científica extranjera. Teníamos, además, en Medicina una orientación exclusivamente profesional, deforme. La realidad es hoy, por fortuna, distinta. Hay profesores ilusionadamente entregados a la tarea de crear un ambiente de investigación científica. Hay inteligencias jóvenes que pueden realizar una gran labor. Mas corren el riesgo de perderse si no se les ayuda, si no se les dota de los medios materiales necesarios. Y el Estado no es rico, y son exiguas las dotaciones de clínicas y laboratorios. ¿Cómo resolver esto? En otros países hay entidades que tienen por misión proteger la labor científica—social y humana, en definitiva—que clínicas y hospitales realizan. En nuestro propio país, en el siglo XVI, a la iniciativa particular se debieron innumerables fundaciones de carácter benéfico y asistencial. No necesitamos, por

tanto, acudir al ejemplo del extranjero. Porque en nuestra propia tradición y en nuestra propia Historia tenemos marcado el camino que podemos seguir. En esto, como en tantas otras cosas, el reencuentro de España consigo misma.

Ante estas palabras, recuerdo aquellas otras de la frase agustiniana, reformada por Ganivet: «Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas.»

EL ESPIRITU DE INVESTIGACION

Y LA DIFICULTAD ECONOMICA

—... Muchos profesores habían de pasar por el dolor de ver cómo muchos magníficos estudiantes, dotados de cualidades excepcionales, se perdían bajo el imperativo inexcusable de la vida práctica. Hubiesen podido, en cambio, en un medio propicio y con los debidos apoyos, ser investigadores, hombres de laboratorio y de técnica. Con ello hubieran contribuído a la creación de una tradición científica en España y, en definitiva, a ensanchar nuestro crédito y nuestra influencia en el mundo. Así concebí yo la necesidad de crear un centro en el que pudieran recogerse, alentarse y encauzarse todas esas capacidades que, de otro modo, estaban en riesgo de perderse y ser infecundas. Esta obra había de tener la ayuda económica y generosa de personas que, fuera ya de la Universidad, quisieran colaborar en tal sentido con nosotros. Nuestra labor tenía que ser eficaz y positiva. Por eso lo primero era formar a los que habían de trabajar en ese futuro centro. Una primera etapa, de varios años, fué dedicada a la labor de preparación, completándose ésta en el extranjero. Se formó también el personal auxiliar. Se «ensayó», podíamos decir, el funcionamiento de un futuro instituto de este género en la instalación angosta y sobria de mi cátedra universitaria. Y sólo entonces—cuando se contaba ya con un personal adecuado y fervoroso, cuando se tenía un plan y se habían estudiado detenidamente los centros análogos del extranjero—, cuajó aquel

propósito en un proyecto, fundamentado y articulado, cuya realización podía coincidir con la inauguración—entonces próxima—de la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria. Nuestra creación tenía varios propósitos: científico, docente, benéfico, social. Mas todo esto era demasiado ambicioso, y hubimos de limitarnos, por lo pronto, a la realización de los dos primeros objetivos. Eran éstos la investigación científica médica y la formación de nuevos investigadores para el futuro.

REALIDAD DE LO QUE A MUCHOS PARECIA UNA QUIMERA

—¿Cómo se realizó la parte económica del proyecto?

—Me reuní con don Pablo Garnica, con don César de la Mora, con don Santiago Gommès, con don Miguel Colom Cardany. Convinimos en la realización del proyecto, y en seguida contamos con la colaboración entusiasta de otras personas. Se constituyó así el primer Patronato de una entidad que se llamó «Asociación Protectora de la Clínica del Profesor Jiménez Díaz». Acordó la Asociación, para cumplir el primero y más urgente de sus propósitos, crear un Instituto de Investigaciones Médicas. Era en 1935. Trazado el presupuesto de instalación y el de mantenimiento, detallado cuanto era necesario adquirir para que el Instituto comenzara a funcionar, los miembros del primer Patronato propagaron el proyecto entre sus relaciones. Se señalaba como cuota mínima anual la de mil pesetas. Y se admitían, aparte de ello, donativos ocasionales. Se logró así lo que a muchos parecía quimérico e irrealizable. Unos meses más tarde, el Instituto estaba funcionando en la Ciudad Universitaria. Hubo para todos nosotros una jornada de emoción honda: el día en que los socios protectores hicieron la primera visita al Instituto, en plena actividad. Fué el 4 de julio de 1936.

LA GUERRA, LA VICTORIA Y LA FE EN ESPAÑA

—La guerra, unos días más tarde.

—La guerra, sí. Con ella se paralizó buena parte del trabajo. En noviembre, el Instituto era frente de guerra. Pudo ser salvado algo del material y de la biblioteca. Tras un tiempo, más o menos largo, algunos de nosotros conseguimos reunirnos en la zona nacional. De modo muy limitado, como era lógico, logré que una pequeña parte del Instituto continuase su trabajo en San Sebastián. Acabada la guerra, y vueltos a Madrid, recuperamos, aproximadamente, un cincuenta por ciento del material del Instituto. De momento no se podía reanudar la labor en el mismo local. Y fué, por eso, en mis reducidos laboratorios de la Facultad de Medicina, donde nos instalamos y reemprendimos la labor. Los trabajos de reconstrucción del anterior edificio habían de ser lentos. Decidimos, en vista de ello, instalarnos en un hotel de la calle de Granada, número cuatro. Es donde estamos ahora, de nuevo el Instituto en marcha, con la misma amplitud de antes. Reguladas en su tiempo las relaciones de nuestra fundación con la Universidad, en la actualidad el Instituto está pendiente de concretar su situación dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

—¿Cuál es la organización del Instituto?

—Consta hoy de las siguientes secciones: Fisiología, Bioquímica y Química Patológica, Inmunología y Alergia, Hormonas y Vitaminas, Anatomía Patológica y Hematología. Además funcionan en él las Policlínicas siguientes: Nutrición, Enfermedades de la Sangre y Secreciones Internas, Enfermedades Reumáticas y Enfermedades Alérgicas. A cada una de estas secciones y policlínicas acuden médicos españoles para ampliar sus conocimientos, y algunos médicos extranjeros, pensionados por sus Gobiernos con el mismo fin.

—¿Contento, doctor, de lo hecho?

—Sí. Creo que hemos empezado a vencer el mito de lo «imposible» y de lo «irrealizable» con que tantas veces se ha desilusionado a empeños nobles. Pero más que lo hecho, tira de mí lo que aún hemos de hacer. Estamos todavía en la primera etapa. Hemos de afirmar la vida económica del Instituto para ampliar, en consecuencia, su labor. Hemos de atender a los objetivos de carácter social y benéfico. Junto a la importancia científica que el Instituto pueda tener, me satisface de modo profundo lo que en el hecho de su realización hay de sentido espiritual y patriótico. No son una quimera ciertas cosas. Y España puede hallar su verdad en sí misma, sustituyendo con una fe encendida y una decisión resuelta aquella desilusión y aquel escepticismo de tantas otras veces.

JOSE MONTERO ALONSO